

ELENA Y LOS ESPEJOS

La vivienda tenía espacios pequeños, entonces decidí ubicar espejos para ampliar los ambientes, comencé por los sectores que ocupaba con mayor frecuencia. Coloqué enormes cristales en la sala. En mi habitación cubrí primero una pared y a medida que fue pasando el tiempo, todos los muros quedaron revestidos. Después continúe por las paredes del pasillo, con el tiempo pude verme hasta en los marcos de las puertas. Como el patio era angosto puse cristales en la medianera y en algunas paredes externas de la casa que daban a la parte de atrás.

EL “TÍO”

La pequeña brújula se ladea visiblemente hacia el interior de la mina. El frágil y delgado cuerpo de Huberto se empapa de sudor. Lleva años investigando la creencia popular que habla de una figura satánica, el “tío” que habita adentro de las minas. El nunca creyó que esto fuera realidad, su objetivo es sacarlo de allí si realmente existe y destruirlo. Aturdido, siente los gruesos goterones que le caen por la frente, se deslizan por su piel oscura y llegan a los labios, traga el sabor respirando con dificultad. Subir el cerro acabó con sus fuerzas.

VIAJE EN LANCHAS

Vieron la tormenta poco después de embarcar y no tardó en llegar, en pocos minutos se lanzó con una tenacidad increíble sobre la embarcación, Isabela creyó ver el espíritu de las vestales envolviendo el espacio y buscando acercarlos al centro del lago donde el fondo está tan oculto como la superficie de un planeta lejano. Allí es donde la *pachamama* decidió esconderse un día con el fin de purificar su cuerpo.

LOS INQUILINOS

Voy mezclando esto en mi cabeza, realidades y fantasías, hasta que en una fecha que ya no recuerdo, sucede. Abro los ojos una noche y alcanzo a ver una luz celeste que sube la pared y se pierde en el techo. A los pocos días una sombra apenas percibida, intangible, se cruza delante de mí por el comedor y desaparece. No pasa mucho tiempo hasta que una mañana veo pequeñas figuras jugando en el living, brincando y riendo. Al momento entiendo que el primo Jacinto decía la verdad, cuando me relataba sus historias y yo sonreía para adentro. ¡No fuera a pensar que me burlaba! Él contaba que los sacaba a patadas de su casa, que lo tenían cansado. Además, le desagradaba que lo ignoraran de manera tan desvergonzada. Siempre me contaba que eran muy molestos, ruidosos y sucios.

LA CASA INVISIBLE

Con los años fui construyendo mis propias teorías sobre temas que siempre me inquietaron, busqué comprender los misterios que guardan algunas prácticas ancestrales y que fueron apareciendo en la memoria de los pueblos entre sus culturas milenarias.

Como observadora de lo que sucede veo que el espacio y el tiempo están dominados por la mente. Si yo respiro el mundo respira y si el mundo respira es para que yo respire. Todo esto me lleva a la sensación de que los lugares los individuos no existen que están en mi imaginación, siento como que allí dejan sus huellas y quedan en el tiempo.

Todo esto me lleva a buscar la relación entre las vidas de Agar y Alfreda, dos historias de épocas distintas, ocurridas en dimensiones diferentes.

LA MUJER DEL SOMBRERO BOMBÍN

Con la mirada perdida en el Titicaca me senté en un banco del mercado de San Pedro a observar como la barcaza se movía con pesadez trasladando la *flota* hacia este otro lado del lago. El equilibrio entre el agua, los cerros y los árboles me invadió con su quietud hasta que un agudo dolor en el pecho me trajo a la realidad.

—No estoy convencida de que este viaje me ayude a olvidar —dije en vos alta para escucharme.

Mi voz sonó ronca y cansada.

Observé una mujer que bajaba bultos desde un lanchón, con la espalda encorvada y los pasitos cortos, la imaginé pensando que el mundo para ella iba a su ritmo. La cantidad de cosas que había cargado en el aguayo hacía que su caminar fuese lento pero continuo.

UNA VIDA DIFERENTE

Mientras las gotas se enquistan con furia en mis sentidos, proyecto en mi mente la imagen de los fantasmas con los que habito a diario. A vos te siento como un fantasma Edmundo, pero está el otro, Alfredo, el verdadero fantasma, el que borramos de la vida entre los dos. Llueve con la furia de siempre en enero, el agua escarba la tierra buscando invadirla, como cuando querés invadirme y buscás conocer qué locuras oculto en mi mirada apagada.

Yo no puedo dormir. Y vos dormís como si nada. Sentada en la cama ahogo un llanto disfrazado entre relámpagos y truenos. Mi imagen en el segundo de un refucilo se refleja en el espejo, veo mi pelo largo, oscuro y revuelto, mi espalda doblada, cargada con todo lo que le adeudo a la vida y que la memoria insiste en mantener presente.

UN MOMENTO

Aseguran que aún existe en las cercanías de la montaña de Gebel Usdum, esa ciudad angosta de varios kilómetros de largo y muy fértil. En ella vivía una pareja de amigos que no se animaban a declarar el amor que sentían el uno por el otro. Ella se llamaba Julda, era una mujer profunda, perseverante, conocedora de su libertad, pertenecía a una familia que por generaciones se había dedicado a trabajar el barro. Él era Himeneo, casi adolescente, un muchacho simpático y correcto que con una mirada serena siempre buscaba las cosas buenas de la vida.

UNA NOCHE

La casa se caía a pedazos. Los sillones mostraban en el hundimiento de sus cojines el paso de innumerables tardes. Allí las tres mujeres, la madre y sus dos hijas se sentaban pasado el mediodía cuando acababan el trabajo diario. El movimiento del fuego de la estufa contrarrestaba con la monotonía habitual. Leían alguna revista vieja, zurcían sobre zurcido las medias y los codos de los pulóveres o desarmaban alguna prenda para convertirla en repasadores y trapos necesarios para la cocina. Realizaban sus tareas manuales casi siempre en silencio. No había demasiado diálogo entre ellas nunca les sucedía nada nuevo.

EL ALTAR

Lo conocí en un bar de la calle Belgrano, un día cualquiera de nuestra adolescencia. Su presencia siempre fue desagradable para mí. Al poco tiempo me entero que está estudiando abogacía en la ciudad y no supe más de él hasta hoy, donde todos en 'La Villa' comentan lo ocurrido.

Al comienzo a Gregorio Ramírez la capital de Mendoza lo asusta un poco, está acostumbrado a ver siempre las mismas caras de su barrio tupungatino. La ciudad es otra cosa. Vive intentando incluir su vida en ese mundo hasta la mañana en que una joven se muda a la residencia donde él alquila, en Olascoaga al 1700 y su vida cambia.